

Elisabeth M.S.



jaque
mate

«El camino no se vuelve más fácil,
solo tú te vuelves mejor»

Contents

[Derechos](#)

[Sinopsis](#)

[Cita](#)

[A ti, que no sé donde estás](#)

[Jaque Mate](#)

[Ajedrez a la ciega](#)

[La coronación del peón](#)

[Desperado](#)

[Tablas](#)

[Pareja de Alfiles](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Notes](#)

©Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el previo aviso y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.720 y siguientes del Código Penal)

Título: Jaque Mate

Imagen portada: H2ORobert (Adquirida en Fotolia)

Diseño de portada: Elisabeth M.S. (Imagen obtenida en Fotolia)

©Elisabeth M.S.

[Twitter](#), [Instagram](#) y [Facebook](#)

Blog: www.eluniversodeely.com

Sinopsis

¿Nunca has pensado que la vida es como un tablero de ajedrez? Si mueves mal las piezas, recibes un jaque mate que sentencia la partida, sin opción a remontar, perdiéndolo todo. Pero... ¿y si te dan una segunda oportunidad? ¿Y si quién te ha hecho el jaque decide enseñarte los errores para que aprendas de ellos? No es tarea fácil, pero nada es imposible si reside el esfuerzo en ello.

Carolina es la elegida para esa segunda oportunidad, y deberá enfrentarse a situaciones, sentimientos y secretos del pasado que la golpearán en el peor momento de su vida, enfrentándola a todo lo que se había perdido o lo que no había querido ver. Porque unos ojos no pueden ver con una mente ciega.

Una historia que mezcla el urbanismo y cotidianidad de la vida real con pura fantasía.

Este libro se acompaña de una [lista de Spotify](#) para hacerla más interactiva.

*“Pienso que todos estamos ciegos.
Somos ciegos que pueden ver, pero que no miran.”*

•

José Saramago

A ti, que no sé dónde estás (Prólogo)

Nunca habría creído que viviría con más intensidad y que conocería la felicidad absoluta en el peor momento de mi vida.

Situaciones que me hicieron cometer errores, acompañadas de un comportamiento agrio, me llevaron a darme cuenta de lo mal que vivía, a modo de escarmiento. Descubrí las pocas ganas que tenía de mirar hacia delante en el camino, ya que creía tenerlo todo, pero solo poseía la nada y no era consciente de ello. Pensaba que lo había logrado todo en la vida, apenas sin mover un dedo.

Sentirme en lo más alto de una carrera profesional y, en cuestión de segundos, perderlo todo. Como saltar al vacío y meterte de lleno en la oscuridad. No hay mejor palabra que defina el estado en el que me encontraba, oscuridad y sombras.

Aquel duro proceso fue necesario. Muchísimo.

Y yo, en la actualidad, vuelvo la vista atrás y no me arrepiento de lo que me llevó a sufrir de aquella manera. Los actos que cometí no dejan de ser lecciones de las cuales he aprendido, y tengo claro que no las quiero volver a cometer. Soy de las que piensa que no hay que arrepentirse de nada, que todo lo que nos sucede está predestinado. Y no me lamentaba por ello.

Por dos motivos:

El primero, porque me hizo conocedora de caminar por la vida sin darme cuenta.

El segundo, placentero y doloroso a partes iguales, enamorarme de alguien por cómo era y no por su físico.

Es increíble cómo fui capaz de evolucionar esos aspectos que permanecían ocultos, o dormidos, llámalo como quieras, en mi interior. Todavía me cuesta comprender cómo

mo la gente que me rodeaba ha sido capaz de volver a aceptarme. Incluso me han ayudado y animado a seguir adelante, cuando lo único que yo les ofrecí fue indiferencia y malas palabras. Era alguien despreciable.

Pero ahora, una vez he abierto los ojos a la vida y me he dado cuenta de lo equivocada que estaba, intento aprender y comprender todo lo que me rodea. No darle importancia a cosas materiales y sí a las relaciones humanas. El dinero y los bienes no están a la altura de lo beneficioso que es una interacción personal, ya sea propia o de otro individuo.

Con esto puedes pensar que me he vuelto budista o algo por el estilo, pero no. He escarmentado.

No puedo decir que, después de todo el proceso que viví, ya no cometeré errores, porque sé que volveré a equivocarme. La única diferencia es que me daré cuenta e intentaré no volver a tropezar con la misma piedra, algo que, antes de lo que me sucedió, ni se me pasaba por la cabeza. Yo pensaba que era perfecta y que el mundo giraba a mi alrededor.

Me alegro de haberlo perdido todo y verme obligada a reconstruirlo de nuevo, con los errores en mente e intentando hacerlo bien, por segunda vez. No fue una tarea fácil, para nada. Pero... sin esfuerzo no hay recompensa. Cualquier acto tiene un coste, puede ser menor o mayor, pero hay que luchar.

Aunque, de todo lo que perdí, solo hay una que no he podido recuperar: a la única persona que he amado de verdad. Espero poder abrir los ojos algún día y volver a contemplar su rostro, como aquella única vez.

Sé que me costará, incluso soy consciente de las pocas posibilidades que tengo, pero no pierdo la esperanza.

«El camino no se vuelve más fácil, solo tú te vuelves mejor.»

Carolina Miró,
Mayo del 2017
Prólogo de «Los pies de Carol»

Jaque mate

Entrechát

«Paso que consiste en realizar saltos repetidos cruzando las piernas velozmente por delante y por detrás de manera alternativa.»

Jueves, seis de la mañana; un día más en la ciudad de Barcelona. El cielo se hallaba cubierto por unas nubes que no sabían si descargar un chaparrón o cuatro gotas que solo ensuciarían el asfalto y los paraguas.

Terminé de preparar la bolsa con el material para ir a trabajar: las zapatillas, un par de puntas con sus respectivos protectores, resina, medias, calentadores y el *maillot*.

Salí del piso, tranquila, como hacía siempre. A esas alturas no importaba si llegaba cinco minutos tarde al Liceo, no iba a perjudicar mi carrera en absoluto, ya estaba en lo más alto. Mi madre, cada vez que me veía, no dejaba de decirme lo orgullosa que estaba de mí. Durante años, volcó su frustración como bailarina de ballet profesional en mí, a un nivel tan alto que lo único que había conseguido era que me arrepintiera de haber seguido sus pasos.

Detestaba mi profesión. Tantos años de disciplina, esfuerzo y sufrimiento para acabar lamentándome por ello. Y no es algo que ocultara, lo mostraba sin tapujos, y sabía lo mucho que le molestaba. Eran muchas las discusiones que habíamos mantenido y sabía con seguridad que no habían terminado. Me decía continuamente que mi actitud no era positiva, que debía ser más sociable y alegre, pero no puedes cambiar a alguien. Yo nací así: sin motivación, sin sentimientos y sin ganas de nada. Solo me había limitado a arrastrar los pies uno detrás del otro para que pasaran los días hasta que... hasta que algún día la vida terminara.

Desde niña la gente siempre me había agobiado. Estar rodeada de personas que solo explicaban sus conflictos me irritaba. A mí no me importaban en absoluto los problemas de los demás, apenas pensaba en los míos. Cada uno tiene sus propios demonios y debe lidiar en soledad con ellos.

Claro que a mí no me gustaba desarrollar la carrera frustrada de mi madre, ni aguantar los sermones de un padre insatisfecho y crecer en la sombra de una hermana brillante, pero no iba con mis asuntos a nadie. Sería mostrar debilidad.

Tal vez por eso fui alejándome de ellos.

Cuando llegué nadie tuvo valor para echarme en cara el retraso, ni el mismísimo director. Desde que me seleccionaron para formar parte de la compañía de danza he mostrado mis malas pulgas y mi actitud altiva, una táctica que me ha llevado a ser de las mejores, aunque en verdad era mi pulida técnica la que me dio el privilegio de ser la primera.

También era la que más dinero ganaba, pero no me daba para el nivel de vida que llevaba: ropa cara, eventos de alta sociedad, un piso de diseño en el centro de Barcelona... Vivía por todo lo alto y, con el sueldo de la compañía, no era suficiente, así que no me quedaba más remedio que ganar dinero por otras vías. No iba a renunciar a vivir al máximo.

Llevábamos meses preparando una representación de «Tristán e Isolda». El gran estreno era el sábado, así que la tensión y los nervios se palpaban en el aire.

No era mi caso. Yo estaba muy tranquila. A pesar de que solo tenía veinticinco años poseía una templanza que les sorprendía. Ellos argumentaban mi cualidad por el control del estrés que poseía, pero en realidad era porque me daba todo igual, no pensaba. El resultado de esa actitud me dio el papel protagonista para representar a Isolda.

Las horas pasaban y no dejábamos de repetir una y otra vez las mismas escenas. Solo había fallos en la sincroniza-

ción y en las posiciones de algunas bailarinas. Toda una mañana perdida hasta la hora de comer.

Me recliné en mis auriculares y la música de *The National* mientras me comía una triste barrita de cereales, hasta que alguien interrumpió mi momento de paz.

—Carol, ¿podrías ayudar a Inés con sus pasos? —preguntó Aitor, el director.

—No. —Y me puse los auriculares otra vez.

No iba a malgastar tiempo en algo imposible. Inés no tenía pies, tenía pezuñas. Era inútil desde el primer día que entró en la compañía. Por mucho que la ayudara no iba a mejorar. Siempre pensé que se le daría mejor hacer de azafata en un bolo por su apariencia inocente y frágil, de niña desvalida e insegura, rasgos que le harían ganar mucho dinero en según qué sectores... Aunque me daba igual lo que hiciera con su vida, era coja para la danza.

Retomamos los ensayos y se confirmaron mis sospechas: la gente con la barriga llena no funcionaba, todo el mundo era mucho más torpe. Tenía muy claro que el equipo no estaba preparado para el debut del sábado, y las horas no dejaban de avanzar. La hora de plegar se aproximaba y yo no pensaba quedarme ni un minuto más a ensayar. Mis posturas y escenas salían a la perfección, así que las horas extras de ensayos no me hacían falta.

Además, tenía cosas mucho más importantes que hacer.

Aquella noche iba a recibir una gran cantidad de dinero y no dudé en aceptarlo. Tal vez mucha gente podía pensar que era dinero negro mal ganado, pero era dinero al fin y al cabo. Me aproveché de todos los años de aprendizaje en una escuela de danza para sacarme un sobresueldo. Y, mirando mi cuenta, tenía muchos ceros para poder retirarme una buena temporada si me apetecía, pero tendría que dar muchas explicaciones a mi familia, y era algo que no me apetecía en absoluto. Mi madre era una cotorra que volaba a mi alrededor cuando estaba cerca, apropiándose mis méritos como si fueran suyos.

Y odiaba que hiciera eso. La que tenía los pies destrozados del ballet, la que había ensayado muchísimas horas y la que se levantaba a las seis de la mañana cada día para ponerse las malditas punteras era yo.

Llegué al piso para arreglarme e ir a mi segundo trabajo. Me dejé la melena suelta, ya que a los jefes les gustaban las cabelleras abundantes. Un vestido negro corto muy ajustado de *Chanel*. Los *Peep toe* negros de *Christian Louboutin* y *voilà*. Apenas me puse maquillaje, tenía una buena genética que debía aprovechar.

El taxista, cuando volvió su cara hacia mí, me miró de arriba a abajo. Estaba acostumbrada a que los tíos hicieran eso y, para qué iba a engañar a nadie, me aprovechaba. Tenía una vida sexual muy agitada, pero nunca en mi piso.

No invitaba nunca a nadie, era mi santuario. No quería que ningún tío supiera donde vivía para que pudiera encontrarme allí y perturbarme la existencia. Solían ser muy pesados y siempre querían volver a verme.

A los dieciocho le puse remedio. Me llamaría Valentina y mi número de móvil terminaba en 6 y no en 9 —un número falso, claro—.

Cuando llegué a mi destino no era consciente de lo mucho que cambiaría mi vida aquella noche. Un antes y un después en mi trayectoria. Un suceso que me lo arrebataría todo en cuestión de segundos.

Ahogar

«Forzar al Rey contrario a una posición sin jugada posible por encontrarse batidas todas las casillas a las que podría desplazarse.»

Una vida se añadió en la lista de Morticia. Una joven que estaba sufriendo una sobredosis a la edad de veinticinco años. Morticia se decía para sí misma que era algo horrible. Con lo bello que era vivir...

Se dirigió hacia el lugar de los hechos y vio a la joven. Era muy hermosa. Melena castaña abundante, unos rasgos delicados y exquisitos con unos ojos profundos del color del mar. Arrebatarse la vida de un ser tan bello le dolía, pero no era su decisión. Su labor en el mundo era enviar a esos individuos a su lugar, al letargo.

Miró a los familiares. Unos padres que lloraban desconsolados y una hermana mayor destrozada. Ellos aún no sabían si iba a sobrevivir a aquel episodio, pero Morticia ya tenía un veredicto. Se acercó a la cama donde se encontraba su siguiente nombre y acercó sus labios hasta los de aquel ser que, en cuestión de segundos, ya no podría vivir más. Fue despacio, como si deseara que algo interrumpiera su ejecución.

A escasos centímetros del contacto mortal, alguien apareció.

—¡Detente! —gritó una voz profunda y clara.

Morticia se detuvo y observó con atención al ser que se atrevió a alzarle la voz.

—Heraclio... Aquí no tienes nada que hacer.

—Esta niña todavía debe vivir —afirmó un ser que mostraba vejez.

Sus movimientos y su manera de hablar denotaban experiencia y sabiduría. Morticia nunca le rebatía nada.

—Sabes que si me han enviado aquí es porque así está escrito. Su nombre aparece en la lista, y así debe ser. No podría volver a pasar por lo mismo. Lo sabes, Heraclio.

—Y te comprendo, Morticia. Pero esta niña tiene un destino formado en mi libro y su fin no está aquí. Nunca me equivoco —formalizó con rotundidad. Seguro de su trabajo y de sus visiones—. Debe aprender de sus errores, vivir y... enamorarse. No ha hecho ninguna de ellas. No es su momento, querida amiga.

Morticia se quedó algo confusa. ¿Cómo era posible que Heraclio tuviera escrito eso en su libro y a la vez el nombre de la chica en su lista? No sabía qué podían hacer. Era una

decisión peligrosa que podía llevarlos a ser castigados, y ella ya lo había vivido.

Se enamoró de alguien que estaba apuntado en su lista. Obviamente la besó y la mató, pero no la llevó al reino de los muertos. Desataron su pasión por todos los confines del limbo. Vivieron una intensa historia de amor donde devoraban cada trozo de piel. Hacían el amor sin parar, tocándose la una a la otra sin descanso. Creyeron haber burlado las leyes de la vida, pero estas no tardaron en aparecer. Dejaron que Morticia se creyera su propia mentira para castigarla después. Un acto que quedó grabado en el fondo de su corazón. Una marca que nunca olvidaría.

Ella misma tuvo que enviar al ser que más amaba al infierno y, una vez allí, ver la penitencia que le imponían. Sería el objeto sexual de todos los infieles que permanecían allí hasta la eternidad. Nunca habría redención. Pero eso no fue todo. El ángel caído que regentaba las tinieblas fue mandado a clavarle una vara ardiente hasta el corazón de Morticia, evitando así que pudiera volver a enamorarse de otro ser. De esa manera, permanecería enamorada siempre de la misma persona. De alguien que desde su primer minuto en el infierno la odiaba.

—Convoco al Supremo para que aclare este enigma —llamó Heraclio con las palmas hacia arriba y hablando hacia el cielo.

No tardó en aparecer la luz característica del ser Supremo. Un fulgor danzante se movía alrededor de la chica. La rodeó por completo hasta que se colocó alrededor de ellos para darles las instrucciones.

—Carolina Miró Esteve debe seguir viviendo —informó con voz aguda y celestial—. Sin embargo, no podemos regalarle algo tan divino como la vida así como así. Heraclio, tu labor es hacer que aprenda a vivir y a enamorarse. Morticia, tú debes permanecer atenta, si vuelve a perderse en el camino de la vida será su decisión, y ya no habrá más oportunidad.

—¿Pero cómo hacemos para que cambie su conducta?
—preguntó Morticia sin entender lo que estaba sucediendo.

—Heraclio ya sabe lo que hay hacer —dijo la luz antes de desaparecer.

Morticia y Heraclio se miraron. Aquel robusto Eterno se acercó hasta la chica y posó su mano en los ojos de la joven un rato y, por último, en su cuello.

—Guardaré tu vista hasta que aprendas a vivir y te enamores. Cuando conozcas las cosas que de verdad importan y seas capaz de transmitir con tu cuerpo lo que sientes, recuperarás esepreciado sentido.

Morticia se quedó atónita. Era la primera vez que presenciaba algo así. Heraclio, con un simple gesto, privó a esa muchacha de un mecanismo fundamental en el ser humano, pero no esencial para vivir. Lo primero que ella pensó fue que, si ya cometió ese error teniéndolos, no tardaría en volver a hacerlo a falta de ellos.

Heraclio se acercó a Morticia para despedirse.

—Mi labor ya ha terminado. Ahora te toca a ti estar a la espera.

—Heraclio... Tú lo sabes todo. ¿Sabes si saldrá de ese castigo?

—Ahora está en sus manos. Mi pluma escribe la historia de cada individuo pero, cuando este comete una imprudencia, se difumina.

—Entonces... ¿Me estás diciendo que tú no sabías lo de Dafne? —preguntó aliviada.

—El fin de mi labor en la vida acaba con la palabra muerte. Y Dafne murió antes de que empezara tu tormento.

Morticia se abalanzó hacia Heraclio en un abrazo que él aceptó. A fin de cuentas eran compañeros hasta la eternidad y el sufrimiento de su vieja amiga le dolía. A diferencia de otros compañeros que si vieron lo que iba a ocurrir y no